menos profundos que perjudican tam-
bién las tendencias democráticas. La
crisis económica del Japón ha concen-
trado el poder económico en pocas ma-
nos. Ciertas decisiones políticas, que
son exigidas por los aliados, e impop-
ulares en el Japón (por ejemplo, el rear-
me), obligan a ocultar las realidades.
Todo ello, lazos familiares, inclusión
dentro de la red social del Japón tradi-
cional, crisis económica y problemas
internacionales, restringen la libertad
individual. Y, sin embargo, todo ello
no impide un movimiento de libera-
ción, que actúa constantemente y que
está llevando a cabo un nuevo y radi-
cal progreso de esta progresiva na-
ción.—E. G. A.

H) V A R I A

RICOEUR (P.): L’Histoire de la Phi-
losophie et l’unité du vrai, en «Re-
vue Internationale de Philosophies»
Bélgica, fac. 3°, año 8°, páginas
266-282.

Cualquiera que enseña historia de la
Filosofía o simplemente la estudie co-
mo disciplina de formación filosófica,
tropieza con el problema de la signifi-
cación filosófica de la historia de la Fi-
osofía. Esta cuestión afecta al sentido
mismo de la actividad del historiador
de la filosofía, pero también afecta al
filósofo original, es decir, a aquel que
se arriesga en el orden filosófico sin
conocer demasiado del pasado. En to-
do caso la historia de la filosofía, por
su propia problemática, actualiza el pa-
sado de modo que ni el filósofo más au-
todidacta puede excluirse a Sócrates, Pla-
tón, Descartes, Kant, etc.
¿Qué quiere decir que la filosofía ni
exista ni haya existido sino a través
de una historia que los filósofos hacen
y en cada caso re-cuentan? Intentaré
responder a esta pregunta por una se-
rie de aproximaciones. En principio
conviene que enfrentemos la idea de
verdad tal y como a primera vista se
nos aparece con la situación histórica
de la filosofía. Es precisamente la idea
de verdad la que presenta como decep-
çionante e incompleta la situación his-
tórica filosófica. De acuerdo con la com-
paración respecto de la idea de verdad,
la historia de la filosofía es una lección
de escepticismo. En último término la
historia no sería sino historia de los
errores y la verdad absoluta, por con-
siguiente, el fin o suspensión de la his-
toria. Para resolver la aporia de la filo-
sofía con la verdad se han ofrecido di-
versas soluciones, una de ellas, dice,
que la verdad no es sino la suma de
verdades dispersas y concordantes, se
le puede llamar solución ecléctica. Pe-
ro la solución ecléctica, lo mismo que
cualquier otra, no satisface, ya que no
se puede enfrentar sin más la historia
con la verdad, sino que hay que tener
en cuenta cuál es la función del histo-
riador y cuál la función del filósofo.
Se puede hacer una historia externa,
una historia crítica o una historia de
comprensión, montada casi siempre so-
bre la intuición filosófica. La compren-
sión profunda de una filosofía está más
allá de toda tipología, requiere una in-
tuición personal del núcleo creador filo-
sofico y desde este punto de vista,
cuando se superan las tipologías, las
filosofías propiamente dichas se convier-
ten en incontemplables; por consi-
guiente, el trabajo de comprensión de
la historia de la Filosofía y la creación
de la Filosofía original aparecen como
los dos aspectos de una misma busca-
da de la verdad. La historia y la filo-
sofía están en comunicación con la ver-
dad. De tal modo que no cabe decir
«yo estoy en la verdad», sino «yo es-
pero estar en la verdad».—E. T. G.

LORTZ (Johannes Bapt.): Geschichtlich-
keit und Ewigkeit, en «Scholastikos»
Freiburg, XXIX, Jahrgang, Heft IV,
1954, págs. 481-505.

Durante el transcurso de los dos últi-
mos milenios, el fin de la historia se ha
previsto desde un punto de vista escata-
lógico y apocalíptico. El carácter escato-
lógico de la historia lo ha dado el cris-
tianismo, quien transformó el sentido
histórico de la antigüedad, que tendía a
construirse como en la filosofía estoica
en ciclos, en un proceso de sentido li-
neal. En cuanto proceso, la historia no
vuelve sobre sí y se reitera, sino que continúa produciéndose de acuerdo con continuas innovaciones. El sentido lineal está estrechamente vinculado al anterior concepto. La historia no vuelve, sino que sigue.

Ahora bien, el proceso lineal puede llevar a la idea de la inmanencia histórica o de la trascendencia histórica, es decir, puede considerarse que el proceso histórico es un devenir que no apunta más allá de la temporalidad, o puede opiniarse, por el contrario, que el proceso histórico trasciende la temporal y se sume, por así decirlo, en lo eterno. Considerando atentamente las necesarias implicaciones ontológicas de la historia en cuanto historicidad es patente que se refiere necesariamente a lo eterno. Inmanencia sin trascendencia, historicidad sin eternidad, son conceptos sin sentido, ya que de suyo reclaman la polaridad como estructura exigida por su mismo contenido ontológico. Las relaciones entre eternidad e historicidad se han resuelto desde ciertos esquemas típicos, a cuyos esquemas típicos nos vamos a referir. En principio, la historicidad puede separarse de la eternidad, en cuyo caso se llega a dar a la historia un sentido absoluto y autónomo, con lo que lo eterno pierde carácter, ya que son conceptos excluyentes. Se puede, desde un segundo punto de vista, entregar la historia a la eternidad. En cierto sentido que lo eterno predomina realizándose como historia. Es un criterio que afirma en Hegel y que tiene el máximo de sentido en una tercera tipificación, en la identificación de la historia con la eternidad.

Desde el punto de vista cristiano, las relaciones entre eternidad e historicidad se resuelven sin caer en ninguna de las soluciones apuntadas. El hombre es el sujeto y el objeto de la historia, y en esta tensión de sujeto-objeto se transparenta la eternidad, ya que si en cuanto objeto es historicidad, en cuanto sujeto aspira a lo eterno. En el sujeto de la historia se transparenta la eternidad, y esta eternidad se manifiesta o se identifica con el ser. El ser es la eternidad. De este modo la historia en cuanto tal se realiza en el ser, por el ser y para el ser, lo que responde al sentido eschatológico apocalítico que veía la historia apuntando o dirigiéndose hacia la eternidad. En efecto, la eternidad realiza y contiene la historia. —E. T. G.


El pensamiento moderno, desde Descartes hasta Kant, bajo la influencia de la ciencia, que, a su vez, está condicionada por el racionalismo, ha construido una física con pretensiones de metafísica y una metafísica que se puede llamar física. Por este camino se ha llegado a la identificación del conocimiento auténtico con el conocimiento científico o natural. La Crítica de la Razón Pura es, desde este punto de vista, una solución filosófica al problema de la ciencia, la justificación crítica de la validez del conocimiento científico, y por consecuencia la hostilidad al conocimiento puramente metafísico. La continuidad de este proceso ha venido a conceder una importancia máxima a lo que se llama metodología. Nos referimos a ella como el medio de precisar los procedimientos peculiares a cada ciencia, por una utilización cada vez más eficiente y rigurosa de esos mismos procedimientos. De este modo la metodología se identifica con lo que yo llamo «análisis de la ciencia». Pero la investigación metodológica y la sutileza y exactitud del procedimiento científico no pueden confundirse con la filosofía. Tener la pretensión de comprender el sentido de la filosofía, de su problemática, desde este punto de vista, es como intentar comprender la música por el baile y la pintura por el tacto.

Según algunas corrientes epistemológicas, el resultado más importante de la nueva ciencia sería el siguiente: Las matemáticas no se fundamentan sobre verdades evidentes de una validez lógica absoluta, sino sobre proposiciones convencionales elegidas entre las más adecuadas a su organización lógica; por consecuencia, la coexistencia de los diversos sistemas lógico-lingüísticos es posible, cada uno de ellos con sus proposiciones convencionales, con su discurso lógico coherente, es decir, con su propio criterio de coherencia formal, de donde se concluye que no hay verdades universales necesarias fundadas sobre un solo criterio absoluto de logicidad. A esta actitud la podríamos llamar científico, y es una actitud paralela al filosofismo en la medi-